

Grenoble. Aquel momento fue decisivo para Napoleon, porque un solo tiro de fusil habria quitado á la historia el episodio mas brillante de la historia de Francia, y la menor resistencia, por parte de aquel batallon, hubiera producido la de toda la division que cubria á Grenoble. El coronel Labedoyere no hubiera podido entregar á Napoleon el 7º regimiento de línea que mandaba. Aquel poderoso refuerzo decidió á Napoleon á entrar aquella misma tarde en Grenoble, donde el general Marchand habia tomado medidas defensivas. Las puertas de la ciudad estaban cerradas; la guarnicion se desplegaba sobre las murallas; componíase ésta del regimiento número 3º de ingenieros, de 6º de línea, del cual un batallon marchaba desde por la mañana bajo el estandarte imperial, y del 4º de artillería, del que Napoleon habia sido capitan. Desde lo alto de las murallas, donde se habia agolpado la poblacion de la ciudad, la guarnicion atónita veia adelantar á Napoleon con sus tropas, el arma al brazo y marchando llenas de regocijo, gritando: *Viva Grenoble! Viva el Emperador! Viva la Francia!* El entusiasmo fue eléctrico en todos los hombres, en las circuns-

tancias que sorprenden repentinamente su imaginacion. Las murallas de Grenoble resonaron con las mismas aclamaciones, y en un abrir y cerrar de ojos las puertas fueron despedazadas por los habitantes. « Tened, dijeron á Napoleon, á falta de las llaves de esta buena ciudad, ahí teneis las puertas. » *Todo está decidido ya*, dijo Napoleon, *á sus oficiales, todo está decidido ya; vamos á Paris.* El dia siguiente, 8 de marzo, fue reconocido y cumplimentado solemnemente como Emperador por todas las autoridades civiles, judiciales, militares y eclesiásticas, á las cuales habló de este modo: « He sabido que la Francia era desgraciada; he oido sus gemidos y sus quejas. Mis derechos no son otros mas que los derechos del pueblo... Vengo á usar de ellos, no para reinar, pues el trono no es nada para mí; tampoco vengo para vengarme; quiero olvidarme de cuanto se ha dicho, hecho y escrito desde la capitulacion de Paris. Mucho me ha gustado la guerra, pero no la haré mas. Debemos olvidarnos que hemos sido dueños del mundo... Quiero reinar para hacer que nuestra hermosa Francia sea libre, dichosa é independiente. »



» Mi intencion es menos la de ser su soberano  
 » que el primero de sus ciudadanos. » Napoleón se convirtió repentinamente en el hombre del soldado y del pueblo, cuya vuelta maravillosa habia sorprendido y exaltado todas las facultades. De manera que en la revista que pasó á la guarnicion de Grenoble, el entusiasmo público llegó hasta el delirio, particularmente despues que dirigió estas palabras al 4º de artillería: «Enmedio de vosotros he ser-  
 » vido en mi juventud; á todos os quiero como á antiguos camaradas. Os he seguido en  
 » el campo de batalla, y siempre he quedado  
 » satisfecho de vosotros; pero estoy persuadido que no necesitamos de vuestros cañones. Lo que la Francia necesita es moderacion y descanso. El ejército gozará, en la  
 » tranquilidad de la paz, de los bienes que le he hecho y de los que todavía pienso hacerle:  
 » los soldados han encontrado en mí su padre;  
 » todos ellos pueden contar con las recompensas que han merecido..... »

Despues de la revista, la guarnicion se puso en marcha sobre Leon, en número de seis mil hombres. Por la tarde escribió Napoleón á la Emperatriz y al rey José. Los correos no de-

jaron de decir por donde pasaban, que llevaban la órden á la Emperatriz para que viniese á reunirse con el Emperador, trayendo consigo al rey de Roma. Sin embargo no se contentó Napoleón con tomar posesion de la opinion en Grenoble, sino que tambien volvió á tomar la de la autoridad imperial, decretando que desde el 15 de marzo se hiciesen los actos públicos y la justicia se administrase en su nombre. La organizacion de las guardias nacionales en los cinco departamentos que acababa de atravesar, no la echó en olvido.

Hacia siete dias que aquella revolucion tan portentosa é intentada por un solo hombre, continuaba su curso, cuando el *Monitor* hizo saber á la Francia la llegada de Napoleón, en un decreto real que le ponía fuera de la ley, y con una proclama que convocaba inmediatamente las dos cámaras. El dia siguiente publicó aquel mismo periódico que Napoleón abandonado de los suyos, perseguido por la poblacion y por las guarniciones, andaba errante por las montañas, y no podia menos de caer víctima del ódio comun. Empero el *Monitor* era conocido, y por consiguiente nadie dió crédito á las noticias de aquel papel oficial.



Con todo, hubo dos opiniones, la una, la de la masa, que creía que Napoleón triunfaba, y la otra, la de la corte, que despreciaba á un enemigo tan débil, como veinte años antes habia despreciado la revolucion. Sin embargo, no pudieron ocultar por mucho tiempo su entrada en Grenoble, ni su marcha sobre Leon; en su consecuencia MONSIEUR, el duque de Orleans y el mariscal Macdonald salieron á toda prisa para aquella ciudad.... El duque de Angulema, el general Marchand y Duvernet debian cortar la retirada á Napoleón; en sus flancos se hallaba el general Lecourbe. El mariscal Oudinot se adelantaba á la cabeza de sus invencibles granaderos; todo el mundo se habia sublevado. Por último el 11 de marzo, se anunció en Paris que Bonaparte habia sido completamente batido por el lado de Bourgoing aunque habia ocupado esta ciudad el 9, sin tirar un tiro; y el 10, á las siete de la tarde entró en Leon á la cabeza del ejército enviado para combatirle. Alojóse en el palacio arzobispal, que acababa de abandonar MONSIEUR, y aunque se le presentaron las guardias nacionales de infantería y caballería, no quiso mas guardia que la primera: « Nuestras institucio-

» nes, les dijo, no reconocen guardias nacio-  
 » nales de caballería; por otra parte os ha-  
 » beis conducido tan mal con el conde de Ar-  
 » tois, que no quiero de vosotros. » Y en efecto, de todos los nobles, de que casi enteramente se componia, uno solo habia acompañado al príncipe hasta que estuvo fuera de peligro. Napoleón mandó llamarle y le dijo: « Nunca he dejado sin recompensa una buena » accion, os doy la cruz de la Legion de Honor.

Mientras que Napoleón recibia en Leon, de todas las divisiones militares del Oeste, las seguridades mas positivas de su vuelta bajo sus banderas, el rey recibia diariamente de otros puntos de la Francia una multitud de cartas respetuosas, en que se le aseguraba, en nombre de los generales y de las tropas, el deseo de morir por su defensa. Estas cartas eran sin duda forzadas en parte por la posicion de los que las formaban, como las de los ministros.

El mariscal Soult habia propuesto en el mes de diciembre levantar un monumento á las víctimas de Quiberon. Aceptada que fue esta proposicion se puso á la cabeza de la asociacion que se formó para proporcionar los fondos necesarios. Dos dias despues, fue nombrado ministro



de la guerra en lugar de Dupont. El 8 de marzo, publicó Soult una violenta orden del día contra el que le llamaba un aventurero. A pesar de esta prueba bien patente de una adhesión que seguramente reconocía el mariscal costarle mucho, el 11 de marzo anunció el *Monitor* el nombramiento del duque de Feltré al ministerio de la guerra, el cual en 1813 y 1814, y en el mismo empleo, había servido tan bien los intereses de los Borbones contra el Emperador. Con todo, Napoleon le conocía á fondo, y no debió alarmarle la elección de un hombre enteramente incapaz de tomar una resolución vigorosa en tan grandes circunstancias. Soult hubiese sido mas temible si alguno pudiera serlo delante de Napoleon, dueño ya de todo el Mediodía, y rodeado de un entusiasmo, que de hora en hora se hacia contagioso para toda la Francia.

Cuando Napoleon escribió á su hermano José, desde Leon, le encargó declarase á la Rusia y al Austria, igualmente que á las demas naciones, que su voluntad era conformarse en un todo y cumplir con el tratado de Paris. Los sucesos probaron despues que no manifestó en vano Napoleon aquella intencion cerca de

los dos imperios, á quienes estuvo muy lejos de encontrar en el campo de batalla. Las palabras que dijo entonces á las autoridades resonaron en toda la Francia. *He sido arrastrado por la fuerza de los acontecimientos por un camino errado; pero, instruido por la experiencia, he abjurado ese amor á la gloria, tan natural á los Franceses, que tan funestos resultados ha tenido para la Francia y para mí.... Me he engañado, creyendo que era llegado el siglo de hacer de la Francia la capital de un grande imperio.* Esta abjuración del espíritu de conquista era sincero por parte de Napoleon, que estaba pronto á jurar el tratado de Paris. Tambien fue en Leon donde, arrastrado naturalmente á aquel partido por el triunfo político y militar que le habia conducido desde el golfo Juan, atravesando la plaza de Grenoble, á la segunda ciudad de Francia, volvió á tomar Napoleon la soberanía y dictó varios decretos de una grande importancia, pero que no todos venian al caso por entonces. El primero pronunciaba la disolución de las dos cámaras, y ordenaba la reunion en *Paris*, en asamblea extraordinaria del *Campo de Mayo*, de los colegios electo-



rales del imperio, fuese *para corregir y enmendar nuestras instituciones*, fuese para asistir á la coronacion de la Emperatriz y del rey de Roma. El segundo decreto restablecia, contra los emigrados no borrados, que habian entrado en Francia desde el 1º de enero de 1814, la legislacion de las asambleas nacionales, ordenando el secuestro de sus bienes. El tercero se conformaba, en su artículo III, con el sistema de la revolucion, aboliendo la nobleza y los derechos feudales. Napoleon hubiera debido no pasar de aquí, y no reservarse todavía los medios de perpetuar en favor de las grandes notabilidades de la Francia, en todo género de ilustraciones, privilegios que chocaban la pasion de los Franceses por la igualdad. El cuarto decreto despedia todos los oficiales de mar y tierra introducidos en el ejército desde el 1º de abril de 1814; y á los que, emigrados ó no, habian dejado el servicio en la primera coalicion contra la Francia. Este decreto era eminentemente popular para el ejército, que obedecia con una repugnancia invencible á unos oficiales que nunca habia visto. El quinto decreto llamaba á su ministerio á todos los magistrados desposeidos,

*porque todos los individuos de la magistratura son inamovibles por todas nuestras constituciones.* Un sexto decreto mandaba se secuestrasen los bienes de los emigrados, por todos los establecimientos públicos á quienes se habia alarmado á los poseedores de bienes nacionales. Este decreto era justo, porque restablecia las propiedades nacionales que son tan sagradas como las particulares. Por último, otro decreto licenciaba la casa del Rey, es decir todos sus servidores y los Suizos. La primera disposicion no necesita comentario, y la segunda mucho menos; porque libertaba á la Francia de esa contribucion, tan inútil como vergonzosa y gravosa, que se llama *el servicio extranjero*, y que la política francesa deberia desechar, particularmente despues que la Suiza ha abierto dos veces sus puertas á la Europa para invadir con ella el territorio de su antigua protectora.

El general Bertrand y el duque de Basano se negaron con razon á firmar aquellos decretos porque, aunque los mas severos eran cominatorios y pasajeros, como lo justifica la repugnancia de Napoleon por las procripciones, sin embargo no dejaban de llevar en



sí el carácter de la autoridad absoluta que acababa de abjurar; véase en ellos al soberano acostumbrado á gobernarlo todo, y no al primer ciudadano que Napoleon habia prometido á la Francia.

En sus *Memorias* se lee, tomo II, pag. 276:  
 « ..... Resolvió entrar en Francia, no con  
 » la ambicion de conquistar su trono, sino  
 » para colocarse entre las facciones. Siempre  
 » habia pensado que la Francia solo queria la  
 » igualdad, y se la concedió enteramente. »  
*Los acontecimientos le demostraron palpablemente que tambien queria la libertad, y resolvió hacer al pueblo frances el mas libre de la tierra.* En Leon y en Paris, hubiera debido tener ese lenguaje, apoyándole con una constitucion que hubiera sido la prenda y la prueba de su franqueza. En todos los actos que precedieron y siguieron á su vuelta, no se encuentra por ningun estilo el gérmen de intenciones tan generosas.

El gobierno real habia enviado al mariscal Ney á ponerse á la cabeza de un ejército á Lons-le-Saulnier. Napoleon encargó al general Bertrand le escribiese el estado de las cosas, haciéndole responsable de la guerra ci-

vil, si no se sometia. «*Halagadle*, decia el Emperador, *pero no demasiado, porque podria creer que le temo, y se haria de rogar.* Mientras tanto, gracias á su fama, la revolucion estaba ya hecha. En el ejército del mariscal, no habia mas que una voz; la de marchar á Leon, no para combatir á Napoleon, sino para seguirle. Habíase introducido ya la defeccion en muchos regimientos, y arrastrado por su ejército fuera del partido del Rey, que le era imposible defender, el desventurado mariscal dirigió á sus soldados, el 13 de marzo, la alocucion siguiente en la orden del dia:

« La causa de los Borbones se ha perdido  
 » para siempre. La dinastía que la nacion francesa ha adoptado va á subir al trono.....  
 » *Soldados! ya pasó aquel tiempo en que*  
 » *se gobernaban los pueblos, sin contar por*  
 » *nada sus derechos. La libertad triunfa en fin,*  
 » *y Napoleon, nuestro augusto Emperador,*  
 » *se propone consolidarla para siempre.* »

Napoleon, tranquilo con la declaracion hecha en su favor por aquel ejército, cuyo órgano era el príncipe de la Moskowa, fue á recibirle á Auxerre, donde, el 18, abrazó al



mariscal. Allí, á pesar del decreto que prescribía irle á los alcances, y de los proyectos siniestros que le anunciaron habia contra su persona, se mezclaba en medio del gentío con la mayor confianza, porque contaba con el amor del pueblo y de la tropa, y no se engañaba. El ejército, que ya se componia de cuatro divisiones, se embarcó á vista del Emperador, con órden de estar á la una de la mañana en Fontainebleau. El 19 por la tarde, llego Napoleon á Moret, donde se detuvo para aguardar la vuelta de las grandes guardias que debian reconocer el bosque, porque se suponía que el ejército del duque de Berry ocupaba las alturas de Esona. Este pueblo habia sido fatal á Napoleon, y no podia olvidarlo á su vuelta á Fontainebleau; entró en esta residencia real á las cuatro de la mañana, y volvió á ver sin emocion aparente aquel teatro de su abdicacion, que no consideraba ya sino como una aventura borrada de su vida. Efectivamente, la salida del Rey de Paris le abrió sus puertas, como en 1814, en medio de treinta mil Franceses, y marchaba con direccion á la capital, acompañado del pueblo y del ejército. Jamás debió tener

tanto precio á los ojos de Napoleon un favor tan singular de la fortuna, pudiendo hacerle olvidar la adversidad de que acababa de salir; empero tan gran recuerdo le hizo necesariamente mas penosa la lenta agonía de Santa-Helena. En contraste de aquella vuelta brillante de prosperidad, que hacia todavía saludar con el nombre de *Emperador* al cautivo de Fontainebleau, y al fugitivo de la isla de Elba, aquella misma noche pasaba otra escena en Paris, á la cual el infortunio y el poder darán tambien un carácter imponente; pues Luis XVIII, viejo y enfermo, despues de veinte y cinco años de ausencia, y diez meses de reinado, volvia á tomar el camino del destierro, acompañado de los antiguos compañeros que ya en otro tiempo le habian seguido; antes de abandonar, quizá por última vez, el palacio de sus antecesores, testigo de tantos acontecimientos, solo habia recibido despedidas tímidas y privadas; habia podido oír las aclamaciones de la Francia proclamando á Napoleon, habia visto venir del ejército, que debia batir al conquistador, á su propio hermano enteramente solo y á los demas príncipes de su familia, reducidos



como él á ir á refugiarse á pais extranjero acompañados de algunos servidores. El 20 de marzo es uno de los grandes cuadros de la historia.

Entretanto, el congreso de Viena publicaba, el 13 de marzo, una declaracion, en todo conforme al decreto del rey del dia 6. Semejante manifiesto, hecho de comun acuerdo por todas las potencias, estrechaba mas y mas sus vínculos; y reunió prontamente á los que el interes habia ya dividido. La empresa de Napoleon, demasiado prematura, estrechó los fascos de los gabinetes, que, segun se dijo, estaban á punto de romperse. Hablábase de un convenio secreto que unia la Inglaterra, el Austria y la Francia, con todas las vastas dependencias de sus aliados, y de los tronos de familia, contra la Rusia y la Prusia. La aparicion repentina del vencedor de la Europa, el miedo de las resoluciones de Napoleon, inspirado por su genio, y sostenido por su carácter, en una época decisiva para el resto de su vida, la popularidad de su nombre en Francia, su imperio sobre un pueblo capaz de todo con semejante gefe, todas estas cosas avinieron

muy pronto á los políticos de Viena, asustados con los rumores de las gentes que se habian repartido, en nombre de la independencia de las naciones!

